

Reseñas

Scott Lash, Bronislaw Szerszynski y Brian Wynne (eds.), *Risk, Environment & Modernity*, Londres, Sage Publications, 1996

José Luis Lezama*

Los autores que participan en este libro discuten los cambios paradigmáticos que tienen lugar en la sociedad contemporánea a la luz de la crisis ambiental que se agudiza a finales de la segunda guerra mundial. El medio ambiente, desde la perspectiva de varios de los participantes en esta obra, aparece como una síntesis de los cambios de fondo que se llevan a cabo en el mundo de hoy. Éstos surgen por la puesta en práctica de un proceso de modernización que quiere llevar a sus últimas consecuencias los postulados de la modernidad (el principio de razón, el principio de igualdad, la noción de libre albedrío, la idea de democracia, el conocimiento objetivo y la manipulación racional del mundo, etcétera).

Tal y como es pensado por estos autores, el proceso que tiene lugar en la sociedad actual se enfrenta a una doble paradoja. Por una parte, en la búsqueda o reencuentro con la modernidad durante el siglo xx, se descubre el carácter ambiguo y limitado de la que se instaura en la primera etapa de la sociedad industrial. Ésta no sólo era incompleta, sino que estaba además sometida a una lógica no moderna. Por ello Ulrich Beck, en torno a quien gira la parte esencial de la obra aquí comentada, califica a la sociedad del siglo xix como una *sociedad feudal moderna*. Los rasgos feudales de esta sociedad se hacen patentes, entre otras cosas: 1) en el carácter adscriptivo de los roles en el ámbito familiar, lo cual se opone a la naturaleza electiva de los roles promovidos por la modernidad; 2) en la dimensión sagrada que ha asumido el conocimiento científico hoy en día, lo cual se contrapone al principio de razón y a la duda metódica alentada por el espíritu de la ilustración; 3) en la lógica de producción de riesgos y de males que se ha impuesto con el reciente despliegue de la tecnología en los procesos productivos modernos, lo que contraviene la búsqueda de certidumbres y la lógica de la producción de bienes que anima a la modernidad.

* Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.

Por otra parte, es también paradójico que la puesta en práctica de una verdadera voluntad modernizadora haga emerger el hecho inquietante de que, entre más moderna la sociedad, más avance hacia su propio autoaniquilamiento por su incapacidad de: 1) mitigar los efectos, en el plano de la cohesión social, de la desaparición de los lazos de solidaridad provenientes de aquellas instituciones más afectadas por el proceso modernizador, como es el caso de la familia tradicional; 2) disminuir la lógica destructiva y la generación de efectos colaterales que, bajo la forma de riesgos ambientales, amenaza con contrarrestar la enorme producción de riqueza que ha traído consigo los últimos desarrollos de la ciencia y la tecnología.

Éstos son algunos hechos que explican que durante los últimos años el medio ambiente haya efectuado el tránsito de su condición de tema o, cuando mucho, disciplina de estudio a centro de un cambio paradigmático en el campo de las ciencias sociales. Para la mayor parte de los autores que escriben en este libro la crisis ambiental contemporánea constituye la expresión más dramática de la crisis de la sociedad industrial moderna, por lo que su análisis se convierte en una vía de acceso directa para el estudio y comprensión de esa sociedad.

De acuerdo a Ulrich Beck, el llamado momento *reflexivo* de la sociedad moderna no representa una superación de la condición moderna o la irrupción de una nueva modernidad. En una línea de pensamiento similar a la de Habermas, Beck ubica la esencia de los cambios del momento actual como productos del despliegue de la modernidad a secas. Asimismo sugiere que aquello que llama la *sociedad feudal moderna* del siglo xix está abriendo paso a una sociedad plenamente moderna. Ésta emerge cuando la modernidad del primer periodo industrializador es sometida a una verdadera dinámica modernizadora, convirtiéndose por tanto en objeto de sus propios principios; de allí su carácter reflexivo.

Esta aplicación de los postulados modernos a las instituciones de la sociedad heredada del siglo pasado (la familia, las clases sociales, los partidos políticos, etc.) ha abierto las puertas a nuevas zonas de conflicto en los ámbitos considerados tradicionalmente sagrados, por ejemplo, la familia. Los cuestionamientos a la división sexual del trabajo, así como la lucha por la igualdad de los géneros, no son la puesta en escena de un drama premoderno, vestigio de un pasado que se niega a desaparecer, sino la puesta en marcha de la verdadera maquinaria de la modernidad en instituciones que, al igual que la familia, fueron creadas, mantenidas y reproducidas expreso en su naturale-

za feudal, para cumplir los fines de la sociedad que florece en el siglo XIX. Este principio moderno que está en disputa, en el caso particular de la familia, es el de la universalidad del concepto de igualdad.

Pero la sociedad contemporánea, sobre todo aquella que se fortalece al finalizar la segunda guerra mundial, es una sociedad que precisamente en la búsqueda de esta modernidad a ultranza –que ha emprendido la colonización de sus contenidos no modernos–, ha operado un cambio significativo en su *ethos*. Así, de sociedad productora de bienes se trasmuta en sociedad productora de males. Esta producción de males es, no obstante (aunque no deseada, por tanto efecto perverso), consustancial al despliegue irrefrenable de la modernidad que tiene lugar hoy en día.

La contradicción fundamental que enfrenta la *sociedad moderna reflexiva* contemporánea proviene de que para la consecución de sus propios fines y apegándose a una interpretación literal de sus postulados de igualdad, libertad, libre albedrío, duda metódica y manejo racional del mundo natural, termina anulando sus principios y contrarrestando sus logros. El resultado ya no es la consecución del bienestar y la seguridad de los hombres, sino la creación y distribución democrática de los males, así como el incremento de las llamadas *zonas de incertidumbre*. Los riesgos y las incertidumbres del momento *reflexivo* de la sociedad moderna no presentan barreras sociales (puesto que afectan a todos los grupos sociales), no se restringen a ciertos ámbitos territoriales (ya que son resentidos en regiones y países ajenos o distantes a su lugar de origen) y no poseen límites temporales; se dice, por ejemplo, que las víctimas de Chernobyl aún no acaban de nacer.

La mayor parte de esos autores comparten la apreciación del sentido *reflexivo* de los cambios que tienen lugar en el mundo contemporáneo. No obstante, disienten en el destino y el desenlace de estos cambios. Para algunos, el despliegue de la modernidad a ultranza terminará aniquilando a la propia sociedad moderna. Para otros los cambios anuncian de hecho otra sociedad, una más allá de la condición moderna. La mayor parte de ellos acuerda, no obstante, que existe actualmente una verdadera voluntad modernizadora que alienta la construcción de una sociedad global homogénea. Esta voluntad ha iniciado un proceso de subordinación de regiones territoriales no modernas, así como de las distintas esferas de la acción humana. Un ejemplo de esto lo constituye la crítica desatada contra la sacralización de la práctica científica de producción de conocimientos, que

en los hechos, aun cuando asuma formas modernas, representa una negación del principio de crítica instaurado por la ilustración, aquel que se sustenta en la razón y que niega a la tradición como criterio de verdad. En este sentido, la crítica a la producción de conocimientos científicos ha hecho emerger y legitimar formas alternativas de saber y ha rescatado su importancia en la estructuración de distintas áreas de la vida social.

El riesgo y la crisis ambiental no constituyen, en voz de estos autores, la esencia de la sociedad moderna reflexiva, ni tampoco el único signo de las contradicciones de la modernidad; en cambio son vistos como los síntomas más precisos de los males que la aquejan. Ellos son hoy día los temas más relevantes del debate de la modernidad, porque reflejan con verdadero dramatismo sus límites, exponiendo claramente el alto costo y la no sustentabilidad de la puesta en vigor de las premisas de la sociedad industrial.